



DESARROLLO CULTURAL, MODERNIDAD E IDENTIDAD EN SANTIAGO DE CALI

Por: Fernando Cruz Kronfly
Doctor Honoris Causa en Literatura
Profesor Titular
Facultad de Ciencias de la Administración
Universidad del Valle
Director Grupo de Investigación
Nuevo Pensamiento Administrativo

Resumen:

Me propongo con este texto, en primer lugar, establecer la diferencia que existe entre varios “sistemas” de pensamiento en la cultura, todos ellos capaces de influir de manera determinante en las **lógicas de la acción social** y de instaurar en la cultura diferentes tipos de “verdades” para “tranquilidad identitaria” de la humanidad que se abraza a ellas como sus pisos más firmes. Insinuaré apenas de qué manera ciertos sistemas de pensamiento no modernos, actúan como núcleos de resistencia al proceso moderno de secularización de las imágenes del mundo, y llevaré a cabo una rápida conexión entre “verdad”, identidad y comportamiento de los actores sociales, en cuanto derivaciones de estos diferentes sistemas de pensamiento. A partir de tales presupuestos, me propongo delinear un diagnóstico respecto de la presencia simultánea en la cultura de la ciudad de Santiago de Cali, como consecuencia de los procesos migratorios, de los diferentes sistemas de pensamiento que la historia de la humanidad ha construido, entre otros, y su influencia en el modo como nos representamos nuestro lugar en el mundo, la responsabilidad individual, el tiempo, el espacio y la naturaleza, la autonomía del sujeto, la intervención de lo sobrenatural y del destino en la acción humana, los valores de igualdad, solidaridad y libertad, el derecho y el deber, la riqueza, la estetización de la vida y los vínculos sociales. Finalmente, derivaré algunas conclusiones y formularé un conjunto de estrategias para la acción, en medio de un campo cultural erizado de barreras, resistencias y dificultades.

1. Introducción básica.

El pensamiento es uno de los diversos rasgos que definen la frontera entre la especie humana y la animalidad. No existe pensamiento sin lenguaje, del que “está constituido”. El lenguaje es, en consecuencia, otro de los rasgos diferenciadores de la especie humana. No hay “verdades” sin pensamiento y sin lenguaje. Tampoco hay acción individual, grupal ni social por fuera de los sistemas de pensamiento que dominan en la cultura elegida como unidad de análisis o en el hibridaje por operación simultánea y traslape por coexistencia de los diferentes sistemas de pensamiento identificados.

El pensamiento por sí mismo no “garantiza” nada “seguro” en términos de "**racionalidad de la acción**", de obtención de lo que se conoce como la “verdad científica” en sus formas contemporáneas centradas en las academias de expertos o, incluso, de ética de la conducta humana. El pensamiento como tal es común a toda la humanidad y a todas las culturas, desde las más ancestrales hasta las contemporáneas. El pensamiento hizo posible la mítica humana, la magia y la hechicería dominantes en las culturas originarias, las religiones, la técnica y la ciencia modernas, del mismo modo como permitió, permite y permitirá construir las elaboraciones ideológicas encaminadas a legitimar lo peor, lo más ignominioso en la historia de la humanidad. También lo más noble, por supuesto. Hubo en el pasado y hay en el presente, pensamiento lógico y coherente en las mejores pero también en las más indignas utopías políticas y religiosas, en la inquisición medieval, en los fundamentalismos que atraviesan la historia, en la barbarie del nacional-socialismo y el peor estalinismo. De esas tales utopías y auto-justificaciones ideológicas se nutre, se ha nutrido y se nutrirá también la acción humana individual y grupal.

El pensamiento y el lenguaje obran pues en la cultura general de la humanidad como celestinas al servicio de lo que sea necesario. Celestinas del deseo humano, la ilusión, los temores, los intereses, los delirios y los ideales

individuales y colectivos. En el mundo de la industrialización, operan sobre todo los **intereses**. El pensamiento y el lenguaje del que éste “está hecho”, convierten en “verdad” aquello que se desea que sea cierto; niegan la “dura realidad” que infunde temores para llevar a cabo elaboraciones que ocultan o desdibujan lo mortificante; convierten en cosa cierta las ilusiones y los sueños y ponen en marcha, cuando es del caso, la legitimación de los intereses en juego o en disputa. No existe mejor celestina que la unidad pensamiento-lenguaje para enfrentar la realidad según los modos de cada cultura, moldearla o transformarla mediante sistemas de representaciones. Incluso, muchas veces negándola por el temor a enfrentarla. O, cuando se requiere, para justificar lo peor. También para legitimar lo mejor, lo que se estima más noble. Todo esto influye de manera determinante en la acción individual, grupal-comunitaria y social. Nadie podría acusar a las peores elaboraciones ideológicas que como delirios legitimaron el racismo, el esclavismo, el machismo, las inquisiciones y satanizaciones de todo orden, los procesos de explotación en el trabajo, en fin, de haber carecido de pensamiento-lenguaje. El pensamiento ha acompañado siempre, por igual, la infamia y la grandeza humanas.

2. Planteamiento del problema. De los diferentes sistemas nucleares de pensamiento, como estructuras pesadas o tendencias fuertes que determinan la acción individual y colectiva.

En la historia de la humanidad se pueden reconocer y diferenciar, al menos, cuatro “sistemas” duros o núcleos básicos de pensamiento-lenguaje. Estos sistemas determinan e influyen, cada uno a su modo, las acciones y las prácticas humanas tanto individuales como colectivas. En cuanto **sistemas de pensamiento**, provienen de las tradiciones culturales fuertes que constituyen a cada sujeto y se convierten en **estructuras** básicas o tendencias pesadas de muy difícil modificación, no sólo porque obran desde el inconscientes individual y colectivo sino porque se encuentran “engarzadas” y “encarnadas” en los deseos humanos, los temores, las ilusiones y los intereses. Veamos por separado cada una de estas **estructuras pesadas y básicas**:

El sistema animista-mágico-mítico-hechicero, dominante en las sociedades ancestrales; en segundo lugar el sistema teológico religioso; en tercer lugar el sistema lógico racional a secas y en cuarto lugar el sistema lógico racional del tipo técnico científico. Ninguno de ellos es “mejor” o “peor” que el otro en términos de sus propias “verdades internas” y pueden coexistir. En efecto, en las culturas que han dialogado y se han influido mutuamente, estos sistemas coexisten y se traslapan. El hecho de que una sociedad ingrese en el predominio de alguno de estos sistemas de pensamiento no significa la eliminación de los precedentes. En las culturas híbridas este traslape es fascinante y profundo. América latina es así, híbrida, traslapada. Los habitantes de Santiago de Cali lo somos también. De este modo, la mente de un habitante de culturas híbridas puede ser **animista-hechicera-mágica-mítica**, para representarse ciertas cosas o zonas de lo real, al mismo tiempo que teológico-religiosa en virtud del proceso hispánico de cristianización. Por otra parte, es posible que la educación, como instrumento de occidentalización modernizadora, haya abierto una ventana lógico racional alterna para representarse de otro modo ciertas zonas significativas del mundo social, estético e individual y, finalmente, puede ocurrir entre nosotros que esa misma mente se instale sólo parcialmente en el dominio de la ciencia y la técnica contemporáneas, en el caso de quienes han recibido formación profesional universitaria de cualquier ciclo. Estas mentes híbridas, lejos de estar desquiciadas son demasiado comunes y “normales” en los diferentes países del mundo culturalmente híbridos y se encuentran en primera fila, también, por qué no, a lo largo de toda la estructura jerárquica social, desde el estrato uno al estrato seis. Se encuentra presente, igualmente, en los actores de todo nivel jerárquico de las tres ramas del poder público. En la industria, en el comercio, en el sector de servicios. En suma, a lo largo de todo el tejido social-

Cuando hablo de cuatro “**sistemas**” de pensamiento en términos de **estructuras y tendencias pesadas**, es porque en realidad cada sistema de pensamiento de los antes anotados funciona como tal. Dicho de otro modo, se trata de sistemas o estructuras relativamente cerradas, en principio autosuficientes, que pueden girar, sin embargo, como planetas satélites alrededor de un núcleo fuerte perteneciente a un determinado sistema que por alguna razón histórica se ha convertido en **dominante en razón de determinado tipo de tradiciones**. Es el caso del sistema de pensamiento teológico-religioso, dominante en nuestra cultura y alrededor del cual flotan con relativa autonomía en muchas mentes, traslapados y en coexistencia, los sistemas animistas-mágicos-míticos-hechiceros, lógicos racionales e incluso científicos-tecnológicos. Conozco profesores universitarios con doctorado cuya mente se encuentra instalada de manera simultánea en los cuatro sistemas de pensamiento antes anotados. Sistemas donde los diferentes componentes se hacen préstamos, se necesitan, apoyan y complementan los unos a los otros. En síntesis, cada uno de los **sistemas** de pensamiento, que se comportan como estructuras o tendencias pesadas de difícil remoción, tiene un nódulo central, alrededor del cual se organizan en términos de funciones y significaciones todos los restantes elementos del sistema. Me explico:

2.1 Del sistema de pensamiento animista-mítico-mágico-hechicero, en cuanto estructura o tendencia pesada.

Basta que alguien crea en la existencia real en las ánimas y espíritus que expresan fuerzas del bien y del mal, –los espíritus no son dioses todavía y corresponden a una etapa pre-teológica de la cultura-, para que los restantes elementos del sistema funcionen y se organicen de manera coherente alrededor de este centro duro. A este sistema o estructura pesada pertenecen los procedimientos y prácticas hechiceras invocatorias de las supuestas fuerzas del bien y del mal, con el fin de defenderse de ellas, para intentar ponerlas de nuestro lado mediante obsequios y zalamerías, o para causar daño a nuestros enemigos. Lo que pueda llegar a ocurrir en la comunidad grupal se supone derivado de la influencia e intervención en la vida humana de tales ánimas, los seres humanos pueden ser objeto de posesiones cuya sanación se deposita en manos de los exorcistas, la responsabilidad individual no existe y la **dimensión del tiempo pasado** es la más importante, porque es allí donde se instalan los mitos del origen. **El futuro se entiende sólo como un regreso al origen.** La moral grupal queda definida por el paquete de tabúes y la garantía del cumplimiento de las normas y prohibiciones no es otra que el "**horror**" a la transgresión. No existe todavía la **sociedad**, gobernada por leyes humanas y aparatos Estatales, sino la **comunidad**, pegada por vínculos de sangre y tradiciones fuertes, entre ellas los relatos míticos de origen y, en muchos casos, los relatos del sufrimiento. La dimensión individual del sujeto no existe porque los seres humanos se encuentran atrapados en las lógicas de la manada grupal. En estas condiciones, **el futuro no se construye por los seres humanos** sino que se **adivina y descifra**, mediante métodos refinados practicados por brujos y hechiceros, a partir de pedazos de huesos, colmillos o fragmentos de cualquier objeto tirados sobre el polvo o la arena. Dicho de otro modo, en este tipo de estructuras mentales que obran como **tendencias pesadas**, encarnadas en tradiciones culturales fuertes que definen la identidad, la **prospectiva como estudio de las tendencias que permiten avizorar el futuro, para construirlo mediante la acción humana, resulta inimaginable e imposible.** Esta estructura o tendencia pesada de la cultura se encuentra presente entre nosotros y se expresa en la conducta de quienes todavía en nuestro tiempo de comienzos del Siglo XXI, como si no hubiera pasado por sus mentes la oleada de la modernidad, se empeñan en **descifrar el futuro** "leyendo" la configuración de la clara de un huevo en el vaso de agua al amanecer, interpretando el **destino** del cliente en los enrevesados trazos de sus manos, en el horóscopo, en la numerología o en el humo y la ceniza del tabaco. ¿Esto, acaso, nos suena familiar? Y, si es así, ¿cómo convencer a una persona cuya mente opera de este modo, de que el **futuro** es susceptible de ser construido por la obra humana, si de entrada dicho futuro se entiende como algo ya dado, escrito por mano ajena o trazado de antemano en alguna parte?

En principio, poco de lo anterior o casi nada corresponde al sistema de pensamiento teológico-religioso en su "pureza" interna, que en cuanto instaura dioses sustituye y resignifica el mundo de los **espíritus**. Salvo, como lo vengo diciendo, en el caso de los hibridajes y traslapes culturales, donde la coexistencia amable de ambas suposiciones suele hacer presencia. Entre nosotros, para anticipar un ejemplo, en la Santiago de Cali de comienzos del Siglo XXI los espíritus todavía andan por ahí en lo invisible, la hechicería sobrevive como práctica que se supone capaz de "meter en cintura" tales espíritus en cuanto fuerzas incontrolables causantes del mal, todo lo cual no podría operar internamente como un auténtico **sistema, tendencia o estructura pesada**, si al mismo tiempo no partiera del supuesto de la omnipotencia del pensamiento y el deseo. Para proseguir, entre nosotros permanece intacta también, hoy en día, desde el estrato seis hasta el primero, la creencia ciega en los horóscopos y su influencia en los destinos individuales, todo lo cual permite la sobrevivencia histórica del bestiario totémico. Escorpión, Taurus, Capricornio, son nombres que nos suenan familiares y se suponen todavía otorgadores de nuestra identidad. Indican origen ancestral y se suponen definidores de nuestra personalidad y, por ende, de nuestro "modo de ser en el mundo". Del mismo modo como nos es demasiado cercano el supuesto de que los astros o los números ejercen absoluta influencia sobre nuestra identidad y destino. El "año del perro" de la China se trae hasta la pantalla de nuestros televisores y la gente se cree esta "basura". Todo esto pertenece mucho más a las etapas totémicas de la cultura que a las etapas teológico-religiosas propiamente dichas. Pero, entre nosotros, el traslape mental funciona y la cultura cristiana se hibrida para funcionar a dos manos..

Como somos culturalmente así, en consecuencia, del libro bíblico lo que más nos interesa es el **mito** del origen que en él se contiene. Pero, de manera simultánea con la creencia religiosa, acudimos a la magia para intentar producir resultados y modificaciones de la realidad a partir de lo que se desea, como quien en la medianoche de San Silvestre imita un viaje imaginario por la manzana del barrio, con maleta y todo para precipitar, con la "potencia" de su deseo y de la **magia por imitación**, un supuesto viaje real que deberá ocurrir **en el inmediato futuro**, a todo lo cual hay que agregarle una buena dosis de "**energía positiva**" mientras al mismo tiempo nuestro personaje engulle minuto por minuto doce uvas para modificar el curso de su destino en el año siguiente. Todo parece sólo un juego, es verdad,

pero el juego mismo ya es un **síntoma** que pone en evidencia el sistema de pensamiento del que es tributario. No faltan quienes, por supuesto, juegan apenas a la magia por contacto o por imitación, pero hay muchos que todavía se lo toman en serio, de tal manera que su vida y su conducta real, tanto individual como social, quedan atrapadas en este sistema de pensamiento. Los mitos, el pensamiento mágico y la idolatría totémica, propios del sistema de pensamiento ancestral **que opera sobre la acción humana como una tendencia o estructura fuerte**, terminan coexistiendo de esta manera con la creencia en Dios y las prácticas religiosas, en amable diálogo interior, mutuos préstamos y traslapes, pero también en escenarios públicos colectivos, y operan como dispositivos alternativos por igual para enfrentar las dificultades e incertezas de la vida y representarse, por supuesto, todo el contexto real donde se desarrolla la acción práctica.

Esto explica que algunos gobernantes en América Latina hubiesen tenido brujos de cabecera en el momento de la toma de decisiones, que en la Fiscalía General de la Nación en Colombia se hubiera contratado un "psíquico", que Walter Mercado asesore importantes empresas industriales y comerciales que lo tienen incluido en su nómina como una "joya enjoyada" y que algunos empresarios tengan colgadas, detrás de las puertas de sus negocios, plantas de sábila, herraduras encontradas en los caminos, en diálogo amable con imágenes sagradas. Lo que se encuentra en el fondo de este sistema de pensamiento animista-mágico-mítico-hechicero históricamente sobreviviente, pero muy vivo aún entre nosotros, en coexistencia con el sistema de pensamiento teológico-religioso más primario, es la **sustitución de la confianza** en la autonomía del sujeto humano como actor racional, para poner en su lugar la presencia supuesta de fuerzas supra y extra subjetivas humanas que, más allá de la razón y la voluntad ligada a la racionalidad de fines y de medios, **sobre todo medios racionales**, son capaces de producir resultados deseados en el futuro.

2.2 Del sistema de pensamiento teológico-religioso en cuanto estructura pesada y tendencia fuerte de nuestra cultura.

En este mismo orden de ideas, basta que alguien crea en Dios o en Dioses, para que el horizonte de la presencia del ser humano en el mundo quede atrapada de manera fuerte en la **causalidad de la voluntad de dios** como factor interviniente en la acción humana y en su **destino** tanto individual como grupal o social. A partir de este momento, no habrá una sola hoja de los árboles que pueblan el mundo, que se mueva o no se mueva sin que Dios lo haya querido u ordenado antes. Todo cuanto sucede a nuestro alrededor es interpretado como expresión de la intención y voluntad divinas. Dios traza los destinos humanos, y aunque en algunos casos se supere en apariencia la **pre-destinación**, para dar cabida a la responsabilidad y la culpa individuales, de todas maneras Dios sabe de antemano nuestras caídas, lee nuestro pensamiento, adivina nuestras intenciones y finalmente nos deja actuar, siempre bajo su vigilancia y en cualquier caso bajo su acompañamiento y poder. Quienes tienen creencias de este tipo, consultan con Dios antes de actuar como pidiéndole permiso o consejo. Y le piden a la Virgen que interceda en sus destinos. Su ética depende del temor de Dios, que todo lo ve y está pronto a castigar el mal. El origen de este mal son las fuerzas del "maligno", que intentan dominar al sujeto moral y ponerlo a su disposición, motivo por el cual podría en el momento menos pensado convertirse en su "víctima", si se descuida en medio del más rápido parpadeo. Si por alguna razón estas personas se atreven a trazar planes de futuro para sus vidas, siempre suelen anteponer la expresión condicionada: "si dios quiere y me lo permite". ¿Acaso esta expresión nos suena, acaso, demasiado familiar?

Dicho de otro modo, en medio de la fuerza de esta tendencia pesada, el **plan de acción** para el futuro de cada vida individual no depende tanto de la razón ni de los medios humanos para lograrlo, sino de que en últimas Dios lo quiera y lo permita. El sujeto autónomo racional de la acción queda supeditado siempre a un fuerza extra humana. En tales condiciones culturales de **tendencia pesada**, ¿cómo convencer a un creyente de que su **futuro** depende **por entero** de él mismo y de sus propias fuerzas, intenciones y voluntad, si parte del supuesto indiscutible de que dicho futuro suyo depende ante todo del poderoso Dios que lo habrá de permitir o no?

Este sistema de pensamiento rige actualmente y ha regido en el pasado los actos de la Presidencia de la república, de gobernadores y alcaldes, de la Corte Suprema de Justicia y de los despachos judiciales, de los congresistas que expiden las leyes bajo la imagen protectora del Sagrado Corazón que **ilumina sus mentes**, de los empresarios capitalistas y muchos educadores, mayordomos de fincas que depositan la salud de los animales puestos bajo su custodia a las fuerzas del "más allá", narcotraficantes que comprometen a Dios en sus fechorías pero que al mismo tiempo juegan al "plan b" de la magia y la hechicería, etc. Y no solo en Colombia y en Santiago de Cali sino en el mundo. Se trata de un sistema de pensamiento absolutamente fuerte y global, que ha resistido a la racionalidad occidental y al desencantamiento de las imágenes del mundo, y que se expresa con diferentes intensidades según el

grado de desarrollo y fortalecimiento del sistema de pensamiento **racional occidental** de medios y de fines, propio de la modernidad relativamente secularizante, fortalecido a su vez por el desarrollo de la ciencia, la técnica y la tecnología. Esta racionalización moderna de la cultura y la mente humanas, por lo tanto, no necesariamente suprime los dioses de un tajo, ya sea por medio de la **mayoría de edad** Kantiana, ni por el "dios ha muerto" de Nietzsche.

De esta manera, lo más significativo de este proceso de racionalización y secularización de la cultura occidental moderna, no es tanto la supresión de Dios del escenario humano, **sino la instauración de la razón subjetiva que desplazó de su lugar la razón objetiva extramundana**, entendida a su vez como suprema instauración de la confianza en la Razón Humana, en cuanto fuerza capaz de otorgarle al sujeto absoluta autonomía para la acción interviniente en el mundo material, así como para la **elección racional de los fines y, sobre todo, de los medios idóneos racionalmente calculados en su poder de eficacia para el logro de los fines**. De este modo, si bien la creencia en Dios no desaparece del escenario humano moderno, en las culturas fuertemente secularizadas **como tendencia fuerte derivada de la educación ilustrada**, Dios queda reducido a un simple principio creador, especie de motor que puso en marcha la máquina, amigo que acompaña de lejos la acción y, sobre todo, que otorga sentido a la muerte y nos espera al final del túnel donde se enciende la luz azulada, para juzgarnos con bondad infinita y abrazarnos por toda la eternidad. Nada como esto **consuela** mejor, y dicha capacidad de consuelo ante la muerte y el fin de la vida individual es el secreto inconsciente que explica la supervivencia y resistencia de estas formas de pensamiento, miradas las cosas desde la teoría psicoanalítica y la antropología.

Ahora bien, en este sistema de pensamiento teológico-religioso primario, que opera como **estructura mental y tendencia pesada**, donde la influencia de la racionalidad y del principio de individuación del sujeto es débil en mayor o menor grado, el futuro tampoco **se construye sino que se descifra**, a través de los sueños de las personas elegidas por Dios para enviar al pueblo o al personaje privilegiado mensajes cifrados o mediante revelaciones cuyo significado debe ser interpretado por especialistas que forman parte de la estructura burocrática de funcionarios encargados de mediar entre Dios y los hombres.

La pareja que acompaña el sistema de pensamiento teológico, que lo cohesiona y lo torna definitivamente **alcanzable** a lo humano, es la práctica religiosa, con sus ritos y ceremonias de **religación**. Surgen las religiones como rituales de invocación y comunicación con los dioses, así como la "burocracia" de oficiantes e intermediarios a que nos acabamos de referir y a la cual acudimos para buscar perdón y consejo. También para escuchar "la palabra verdadera" de labios autorizados y recibir partes consagradas del cuerpo y de la sangre de Dios, según el ritual correspondiente, sobre todo el cristiano católico. De este modo, insisto, la conducta de los seres humanos queda determinada por la voluntad de esos dioses, incluso supeditada a sus designios.

2.3 Del sistema de pensamiento lógico-racional en el Occidente moderno, en cuanto tendencia fuerte de la modernidad mental capaz de generar una estructura básica de acción y pensamiento, mediante la educación racionalista.

El Occidente moderno nació en Grecia, con la invención de la lógica. De ahí provino el embrión que empolló en el Renacimiento, luego de invernar en la Edad Media durante aproximadamente diez siglos. Me perdonarán el esquema, pero debo andar rápido. La lógica, esa disciplina que consiste en vigilar y hacer conscientes las operaciones del pensamiento humano cuando piensa. Los métodos lógicos, los silogismos, el privilegio del pensamiento **demostrativo y coherente en términos formales**. A partir de los griegos, una afirmación no es cierta por el sólo hecho de provenir de una tradición santa, de un libro sagrado o de una autoridad incluso humana investida de poderes sagrados, sino por su coherencia lógica y su armazón sin contradicciones internas.

Por supuesto que la ausencia de contradicción interna y la perfección lógica argumental no garantiza por sí misma la "verdad" que con posterioridad histórica preocupó y apasionó a la ciencia. La coherencia lógica es apenas una parte de todo el asunto, pero es substancial, porque deja el tema de la "verdad" en manos de la Razón y no en poder de la tradición, el mito o el dogma de fe religioso. **En manos de la razón humana**, por supuesto. De este modo, basta que alguien crea en los poderes de la Razón, para exigir a las narrativas y "verdades" existentes en la tradición y en los dogmas y axiomas de la fe, colocarse en el terreno de la "coherencia" lógica de lo que se dice y se hace. Esto permite que en Grecia se produzca un desplazamiento de la cultura, del Templo y del Oráculo, al Ágora. Lugar del debate en términos de exigencia **pública** de coherencia lógica de todo cuanto se dice. Esta exigencia de coherencia lógica en la narrativa que contiene las "verdades" de la tradición, influyó posteriormente de manera decisiva en el Cristianismo. De este modo y en tal contexto se entiende la obra de San Agustín y, varios siglos después de Santo Tomás, quien,

como suele decirse, aristotelizó la narrativa cristiana contenida en el antiguo y nuevo testamento, para arrancarla del puro relato mítico del origen y dejarla instalada en un conjunto de "argumentos", silogismos y razones de tipo lógico que el creyente debe interiorizar y saber defender y argumentar, a la manera del ya un poco olvidado "catecismo astete". Todo lo cual le permite al creyente instalarse en las nuevas exigencias racionales de la cultura moderna, ahora revestidas de racionalidad y re-significadas de algún modo, sin tener que abandonar ni de lejos sus creencias dogmáticas.

Estamos en presencia, de nuevo, del traslape histórico entre el sistema de pensamiento teológico-religioso y el sistema de pensamiento lógico-racional en su modalidad meramente formal. Ya sabemos que sobre premisas mayores de tipo silogístico **no probadas sino simplemente supuestas por el dogma**, es posible armar con perfección formal, en términos lógicos, el resto del silogismo que torna "redondo" el argumento y obra como "prueba de verdad". Hay aquí una amable convivencia entre el dogma de fe que sirve de fundamento a la premisa mayor, y la Razón Humana que se encarga en términos lógico formales de armar el resto de la argumentación que instaura "la verdad" del creyente en términos lógico-racionales, para inscribirse de este modo en los rigores y exigencias de la modernidad racional. El núcleo duro o tendencia fuerte del sistema de pensamiento teológico-religioso, termina absorbiendo, domesticando y poniendo a su servicio, de este modo, el sistema de pensamiento lógico-racional del tipo silogístico formal.

Una de las muchas diferencias, entre otras, que distancia al pensamiento científico del simple pensamiento lógico racional formal, es precisamente su capacidad de poner en debate las premisas mayores de toda construcción lógica argumentativa. Dudar, experimentar donde es posible, vigilar por todas partes el método, construir cuerpos teóric Es preciso modificar a fondo la "representación" cultural de lo público en general y de lo público estatal en particular como "vaca lechera". El camino para modificar las representaciones es la educación, ya se sabe suficientemente, pero nadie educa a nadie en medio del mal ejemplo porque suena a falsedad y crea desconfianza o refuerza la mucha que ya existe. **Es relativamente fácil decir lo que hay que hacer, insisto, pero es absolutamente difícil el diseño de cómo lograrlo.** Porque ese "cómo" requiere método para modificar los obstáculos, los focos de resistencia, pero sobre todo voluntad política de lo público y lo privado. Y no a corto plazo, sino en procesos históricos de larga duración, que comprometan más de una generación. **Cuando se habla de modernidad, cultura e identidad, es iluso plantearse en el horizonte de procesos de corta o mediana duración. Se trata de algo que, si se decide hacerlo, para que no sea la voluntad sobrenatural la que lo decida todo, es preciso modificar a fondo la mente de todos para poner sobre la mesa e impulsar de nuevo, como tendencia emergente legítima, la tendencia de la modernidad mental y de valores, en todos los estratos de la sociedad.**

cos, trabajar guiados por hipótesis, ventilar críticamente los supuestos en que se apoyan las narrativas y tradiciones para volverlos discutibles. Este es el universo mental y metodológico de la ciencia contemporánea.

El sistema de pensamiento lógico-racional, en cuanto **tendencia emergente del mundo mental moderno a partir del Renacimiento y que terminó por convertirse en Occidente en estructura o tendencia fuerte**, también ha intentado **inferir** el futuro, utilizando ante todo el método inductivo que conduce al futuro a partir del presente e incluso el pasado, como si el presente y el pasado fueran la "parte" y el futuro el "todo". Este modo de inferir el futuro se fundamenta, a su vez, en el mito del **progreso**, que supone que entre el pasado, "atrasado y primario" y el futuro "liberador", se extiende una línea de tiempo ascendente, de perfección tendencial, línea sobre la cual la razón humana está llamada a actuar. Este mito del progreso parte del supuesto **fuerte**, no sólo del progreso material "visible" en las lógicas económicas y el mundo de los instrumentos y técnicas, sino ante todo del soñado **progreso moral** de la humanidad. La idea de **DESARROLLO HUMANO** se encuentra inscrita de manera decisiva en este contexto mental y cultural de Occidente moderno. Se supone, digo, como un axioma o verdad indiscutible, que la humanidad progresa moralmente en el sentido de que los seres humanos **son o deben ser cada vez mejores en términos morales y que le es posible al hombre de gobierno o al guía espiritual intervenir para acelerar este perfeccionamiento moral**, en la medida en que la cultura de las humanidades y las ciencias, el conocimiento y el dominio técnico se van dando. Pero, ya sabemos, con George Steiner, que las humanidades no humanizan y que el supuesto **progreso moral** de la humanidad no es más que un mito de la modernidad, hoy absolutamente roto y discutible.

De este modo, **inferir** el futuro por medio de la razón mediante un ejercicio lógico que toma el pasado y el presente histórico como la "parte" cuyo análisis nos permite saber para dónde vamos como un "todo" loggable que, además representa un ideal de **desarrollo humano** mediante el proceso progresivo de perfeccionamiento o simplemente de mejoramiento, ya sea material o moral, este y no otro es el contexto cultural duro de la modernidad, entendida en este

caso como **estructura mental o tendencia fuerte y consolidada de Occidente**, estructura lógico-racional dominante que permite la **inferencia lógica** del futuro a partir del conocimiento del presente e incluso del pasado como datos.

Como puede advertirse de todo lo anterior, esta inferencia de futuro se encuentra fuertemente cargada de **valor**, en el sentido de que, de lo que se trata, es de ir hacia un **futuro mejor**. La pregunta que surge, en consecuencia, es la siguiente: ¿un futuro mejor en términos materiales o en términos morales, o ambas cosas? Y, en cada caso ¿qué significa futuro "mejor" en términos materiales y en términos morales, y quiénes son los responsables que se pueden arrojar el derecho de conducir a la humanidad o parte de ella hacia ese futuro que se estima mejor ?

En cualquier caso, el sistema de pensamiento lógico-racional, dentro de la tradición humanista que postula Pico de la Mirándola en el Renacimiento en la línea de los Griegos, en puente, instaure de manera embrionaria pero fuerte el punto de partida de la **tendencia creciente en la cultura occidental moderna, tendiente a instaurar la confianza en los poderes de la razón humana que es la base de su humana dignidad. Dicho de otro modo, la instauración definitiva y de manera fuerte de la Razón Subjetiva sobre la Razón Objetiva**. Esto significa, en términos de la inferencia racional de futuro, insisto, no sólo el supuesto de que el futuro se puede **inferir** por la Razón mediante métodos lógicos (inductivos, deductivos, analíticos y sintéticos), sino que es perfectamente posible y **legítimo** intervenir en él en el sentido de moldearlo, construirlo y hacerlo a imagen y semejanza de los deseos e ilusiones de quienes se arrojan el derecho de proceder de este modo, desde lo privado o lo público. Ya sea consultando por la base a sus pueblos, en las democracias occidentales, ya sea poniendo en marcha ideales realistas, o agitando utopías o incluso delirios, tantas veces conducentes a sociedades totalitarias y con tan graves consecuencias para la humanidad. Ya sabemos, también, con Marshall Bergman, que el proyecto moderno de "progreso" es fáustico, en cuanto a medida que construye, destruye sin piedad.

2.4 Del sistema de pensamiento lógico-racional del tipo científico-técnico-tecnológico, como estructura mental fuerte de la modernidad cultural occidental, sobre todo en el reino de las academias.

A partir del sistema de pensamiento lógico-racional formal propio del comienzo del mundo moderno, se ha venido desarrollando **como tendencia emergente pero muy fuerte en términos de legitimidad social y cultural**, tomando como punto de partida su propio núcleo duro lógico racional, un nuevo sistema de pensamiento que se conoce como del tipo científico, fuertemente ligado a los desafíos técnicos y tecnológicos del capitalismo económico. No se trata ahora del simple ejercicio lógico racional para fundamentar la "verdad" en términos apenas formales, del tipo "racionalidad de filósofos lógicos", sino de bastante más. No es suficiente, entonces, en términos del logro de la "verdad" **científica** tal como hoy se la entiende, satisfacer tan sólo exigencias formales del tipo lógico-racional, en el sentido de "pulir" la argumentación para dejarla limpia de incoherencias y contradicciones internas. Esta coherencia lógica sigue siendo decisiva, pero ahora se agrega a la cultura occidental, en términos de **legitimidad**, el mundo del **conocimiento** científico como **tendencia fuerte, pero no entendida como tendencia mayoritaria ejercida por la población en su conjunto**, sino apenas como práctica social académica llevada a cabo por expertos y especialistas de élite científica, amparada por una especie de aura de legitimidad social y cultural por todos admitida. Se trata de una **tendencia apenas emergente** a partir del renacimiento, muy fuerte sin embargo en términos de legitimidad social por la vía de las "explicaciones" y la Ilustración de la Razón, inicialmente aplicada al reino de la naturaleza y poco a poco trasladada a la sociedad y al dominio humano. Todo esto en medio de protocolos y exigencias de comprobaciones empíricas mediante experimentos, manejo de hipótesis, formulación de leyes y principios por parte de especialistas y expertos agrupados en comunidades científicas en proceso de desarrollo y consolidación, construcción de paradigmas en términos de los historiadores de la ciencia, para que el sistema mental humano del nuevo tipo "científico" pudiera empezar a operar socialmente en términos de sus **aplicaciones** a la industria naciente y a la vida material en general, y pudieran adquirir sentido y "autoridad" las denominadas academias de la ciencia, en cuanto instancias "reconocidas" de legitimación de este otro tipo de verdades denominadas "científicas" en el mundo moderno y contemporáneo.

Ahora la verdad deja de considerarse **objetiva y absoluta**, según Thomas Kuhn, para pasar a ser sólo el consenso transitorio y relativo al que llegan las **comunidades científicas** de conformidad con sus reglas y protocolos. La ciencia no es entonces un conocimiento humano que "progresa" a partir de acumulaciones que se amasan sucesivamente, que se perfeccionan y mejoran con el simple paso del tiempo, sino el resultado de **rupturas paradigmáticas fuertes**, capaces de echar por tierra siglos enteros de prejuicios que, sólo a partir de las revoluciones y cambios de paradigma, se advierten como "viejos" prejuicios y errores.

Este sistema de pensamiento del tipo científico-tecnológico, también ha intentado **conocer** el futuro, averiguando las tendencias que lo anuncian y que, casi en términos “hegelianos”, lo contienen en estado embrionario o de semilla; tendencias a partir de las cuales se supone que es posible inferir con certeza razonable hacia dónde vamos o **queremos ir**. Pero, siempre bajo el supuesto de que la acción humana racional puede intervenir sobre dichas tendencias para inhibirlas, modificarlas, reorientarlas o incluso crear nuevas dinámicas sociales, con el fin de que la sociedad empiece a caminar, de la mano de la razón, hacia donde muchos o apenas unos pocos quieren que camine. Tendencias económicas, culturales, políticas, jurídicas, demográficas, sociales en general.

2.5 A propósito de la identidad, cada sistema de pensamiento instaure en la cultura sus propias "verdades", que operan como señales de identidad. El núcleo fuerte de cada sistema de pensamiento, estructura fuerte y tendencia pesada, es el modo como se concibe la relación de causalidad.

Cada sistema o **tendencia fuerte y pesada** de pensamiento de los cuatro anteriormente descritos, transmite y/o construye en la cultura sus propias “verdades”. Pero esto no es lo más significativo: cada tendencia fuerte de estas piensa la **relación de causalidad** entre los fenómenos de la naturaleza, la sociedad y lo humano, de un modo diferente. Hay por lo tanto verdades animistas-mágicas-míticas-hechiceras, con su correspondiente manera de pensar la causalidad de cuanto sucede, que se atribuye a la influencia de **los espíritus del bien o del mal**. Las hay teológico religiosas, con su modo de representarse la causalidad de todo cuanto ocurre en el mundo a partir de Dios; las hay lógico racionales y técnico científicas, estas últimas denominadas propiamente **conocimiento científico, capaces de representarse la relación de causalidad entre causas y efectos de un modo absolutamente diferentes de las anteriores**. Todas estas “verdades” son **muy fuertes**, antropológicamente explicables y psíquicamente necesarias, persistentes en la cultura como **estructuras o tendencias pesadas** y capaces de coexistir en simultaneidad. Esto es realmente significativo y evidente en las culturas híbridas del tipo latinoamericano. Colombia es una joya preciosa en la corona de las múltiples “verdades” con sus correspondientes modos de pensar la relación de causalidad, de todo lo cual disponemos para enfrentar las dificultades, incluso negándolas en ocasiones, de tal manera que hemos podido llegar a ser uno de los dos países más felices del mundo sin importar la miseria o el dolor, la trampa o la manipulación, el crimen y el fraude alrededor. La “cara positiva”, que por supuesto tenemos, se convierte muy fácilmente en objeto de delirio individual o colectivo. Es nuestro modo de defendernos de lo inaceptable y horroroso instaurado en dinámicas historias de larga duración, un evidente “mecanismo” de defensa. El mesianismo y la utopía, son casi siempre el otro lado psíquico de la desesperanza.

2.6 De los diferentes sistemas de pensamiento entendidos como tendencias pesadas, de sus relaciones con los deseos humanos y de la percepción del tiempo y del porvenir en cada uno de ellos. Señales nuestras de identidad.

Cada uno de los cuatro sistemas de pensamiento a los que acabo de referirme, a su vez, se muestra demasiado vulnerable delante de la poderosa fuerza psíquica que sobre ellos tienen los deseos, los temores, las ilusiones o los intereses a los cuales sirven. He dicho **sirven**, y es verdad. El sistema o **estructura fuerte** del tipo animista presupone como “verdad”, pero **al mismo tiempo como causa**, la existencia de los espíritus del mal y del bien, entendidos como fuerzas que tejen y destejen el sentido del mundo, poderes que se entrometen en nuestra vida y que hay que mantener bajo control. El fondo **inconsciente** de esta estructura podría ser el deseo de existencia de un orden susceptible de control por prácticas humanas, un supuesto “más allá” poblado de espíritus paralelos a este mundo real. Mundo constituido de fuerzas locas capaces de instaurar la incerteza y que, por “más allá” que se encuentre instalado, se estima susceptible de manipulación y control por cuenta de los intereses humanos mediante la magia, la hechicería o la santería. De acuerdo con sondeos al respecto, en Santiago de Cali el 40% de la población cree en estas cosas. Caos-orden instaurado por los espíritus, mezcla ambivalente delante de la cual se levanta el deseo de previsibilidad, de eliminación del azar y erradicación de la casualidad nuda del mundo, donde el ser humano es a la vez víctima y Rey del azar.

Por otro lado, la **estructura mental fuerte** propia del sistema teológico-religioso cristiano, bastante análogo al anterior, sirve al deseo también **inconsciente** de negar la muerte, de hacer resistencia psíquica a su aplastante realidad, mediante la conversión de la muerte exactamente en su contrario, es decir en comienzo de otra vida aún más verdadera que la verdadera. La creencia teológica cristiana, permite realizar en la imaginación el deseo de salvación y redención, tanto como el deseo del hombre de haber sido creado por fuera de la naturaleza, como un ser único y perfecto, exclusivo y privilegiado. Hijo directo de un Dios que lo acompaña, lo protege, lo guía como Padre

y lo premia con la felicidad eterna entendida como una especie de retorno al Edén perdido, pero que también lo castiga y lo hunde en el infierno si acaso es necesario. Igualmente, el núcleo fuerte de esta estructura o tendencia pesada de la cultura teológica, es la relación de causalidad, puesto que Dios sería la causa de todo lo bueno y el Demonio la causa de todo lo malo. Es difícil imaginar algo más hermoso que esto, más tranquilizante, consolador y, ante todo **explicativo de lo que sucede en el mundo**. Pero también más aterrador. Todo esto forma parte de nuestra **identidad cultural fuerte**. El horror al incesto y a la violación de los tabúes ha quedado sustituido en este sistema de pensamiento por el temor a Dios que, así como nos promete el cielo también nos promete el “horror eterno” en el infierno.

Por supuesto que ningún creyente estaría dispuesto a reconocer que su creencia en Dios y en el más allá es el resultado obligado, tanto de la tradición cultural que formatea y “sujeta” al ser humano desde su nacimiento en nuestra cultura, que de este modo lo atrapa, como del deseo colectivo pero también individual, inconsciente, de negar la muerte mediante su transformación en “vida” eterna. No existe compañía de “seguros de vida”, es decir de muerte, más eficaz que la religión y sus promesas. Esto es psíquica y antropológicamente explicable. Las anteriores son las “verdades” sin discusión del sistema de pensamiento teológico-religioso cristiano, que hacen parte de nuestra **identidad fuerte**, predominante en Santiago de Cali, en **fuerte traslape con la tendencia pesada proveniente de las culturas migrantes afrodescendientes y aborígenes, de naturaleza mítica-animista-mágica-hechicera.**

Dentro de este sistema de pensamiento teológico.-religioso, lo repito, ninguna hoja de todos los árboles del mundo se mueve en el viento sin la previa voluntad de Dios, **que es la causa de todo cuanto sucede en el mundo**. Dios lo sabe todo de antemano, lo puede todo, es el Señor absoluto y dueño de nuestra vida y destino. Las cosas suceden, básicamente, “si Dios quiere”, en cuanto causa de fondo. Esta expresión, reitero, se encuentra fundida a la idea cristiana del acontecer mundano. Si alguien muere, Dios lo llamó a su seno. Si logra sobrevivir es porque Dios no lo quiere consigo todavía y le dio un permiso temporal para permanecer en el seno de su familia por unos días más. ¿Nos parece familiar, acaso, esta manera de representarnos nuestra presencia en el mundo?

Dentro del cristianismo hubo dos corrientes. La primera predestinatoria, según la cual el ser humano vive en este mundo un destino trazado de antemano por Dios, de tal manera que lo que podemos hacer por nuestra propia cuenta en libertad y autonomía es prácticamente nada. La segunda, denominada del libre albedrío, en épocas históricas en que la dimensión individual del sujeto humano cobra fuerza, de tal manera que aunque Dios conoce de antemano lo que va a suceder con nuestra alma en su paso por el mundo, de todas maneras nos permite actuar por cuenta propia, para que seamos nosotros, los seres humanos, quienes tengamos el merecimiento de los correspondientes premios y castigos. Bajo la concepción predestinatoria, no tiene sentido alguno que nos pongamos en la tarea inútil de intentar modificar en el futuro lo que Dios ya trazó, para cada uno de nosotros, para la sociedad y para el mundo alrededor, como destino inexorable. Bajo la concepción del libre albedrío en su versión a la colombiana, aplicable por extensión a nuestra región Vallecaucana, las cosas no cambian mucho. La inmensa mayoría de los colombianos supone que su destino está trazado de antemano, que todo cuanto va a suceder está escrito en alguna parte y que “nadie se muere la víspera”. De paso, esta es una manera muy eficaz y al mismo tiempo tranquilizante de sacarle el cuerpo a la **plena** responsabilidad individual de nuestros actos, en los términos y las exigencias de la **autonomía moral** del sujeto moderno. Muchos, pero muchos entre nosotros creen que rogándole a Dios, la guerrilla liberará a los secuestrados, que el hambre y la miseria desaparecerán de la escena, que encontraremos trabajo y tendremos salud. Hemos delegado el acontecer real del mundo a nuestro alrededor a la voluntad sobrenatural, que todo lo puede. Y, si después de todas las súplicas y oraciones la seguimos pasando mal, es porque todavía no merecemos nada bueno o porque no hemos tenido suficiente fe. Muchos entre nosotros no enloquecen, porque se dedican a delirar toda su vida alrededor de esta ilusión y de sus métodos correspondientes. Esto les permite mirar el futuro con esperanza, por más sombrío que en la realidad se anuncie. Un futuro que se abrirá promisoriamente ante la mayoría con sólo rezar para inclinar en su favor la voluntad sobrenatural. Dicho de otro modo, para la mayoría de quienes nos rodean en Santiago de Cali, el porvenir está **mucho más en manos de Dios, como causa de fondo**, que en nuestras propias manos como actores, gestores y protagonistas de futuro.

Es posible que, en el mejor de los casos desde el horizonte mental moderno, hayamos aceptado a medias el principio de individuación y de autonomía moral respecto de nuestras culpas y responsabilidades. Pero continúa siendo **muy débil y frágil** o casi inexistente en términos reales, entre la mayoría, la idea de que podemos modificar el mundo **sólo** con nuestra acción. La **idea fuerte** en este sistema o **estructura densa** de pensamiento teológico-religioso, es que todo cuanto nos sucede se debe a nuestra relación con Dios. No es sino ver a los futbolistas agradeciendo al cielo sus anotaciones en el campo de juego, como si fueran beneficios otorgados a su fe y nunca el resultado de su destreza

técnica deportiva. Y a los entrenadores de los equipos deportivos, llevando a sus jugadores en peregrinaje al Milagroso de Guadalajara de Buga, para que sea él, como cabeza de la fanaticada, quien decida el **destino** y la **suerte** del equipo. ¿Cuando hablamos de **suerte**, de qué tipo de extraña fuerza estamos hablando? Para muchos, entre nosotros, resulta inmensamente más eficaz orar, que proponernos construir el futuro por cuenta propia. Si la ayuda del “altísimo” no se produce, nada de lo que hagamos para lograr nuestros propósitos será eficaz si Él no quiere si, además, no tenemos “suerte”. Una extraña mezcla híbrida entre ganarnos la voluntad de Dios, de los espíritus y de la buena suerte, es lo que domina entre nosotros.

Es cierto que si a alguien del común, se le pregunta a fondo sobre su autonomía de la voluntad, pudiera llegar a reconocer que los seres humanos podemos hacer muchas cosas por cuenta propia, **si Dios quiere**. Esta frase, con la que suele rematarse casi toda conversación que tenga por objeto el futuro como horizonte de lo posible, no es jamás inocente y deja ver el sistema de pensamiento o **tendencia fuerte y pesada** de donde proviene. El lenguaje pone en evidencia los núcleos básicos inconscientes del espíritu humano. Y, si la frase no llegara a contener la expresión condicionada “si Dios quiere”, en el momento menos esperado se concluye con un **gracias a Dios**. De este modo, **la estructura o tendencia fuerte** propia del sistema de pensamiento teológico-religioso del tipo cristiano dominante entre nosotros, sigue actuando como sistema, aunque no lo percibamos. El **núcleo duro**, propio del sistema de pensamiento del que estamos hablando, continúa intacto entre nosotros a pesar de la modernidad impuesta por las lógicas materiales y espirituales del sistema capitalista y de la escuela modernizadora, respecto de la idea de futuro y de destino según la voluntad sobrenatural, por debajo de ciertas apariencias o zonas reales de secularización moderna en nuestra cultura.

No se pretende, de ninguna manera, que la secularización moderna de la mente termine necesariamente en la negación de la existencia de Dios o algo parecido. Este no es el problema, de ninguna manera. De hecho, es perfectamente posible conciliar la creencia en Dios y al mismo tiempo saber con certeza que Él no se entromete en lo nuestro cotidiano ni es quien decide nuestro futuro. Pero, entre nosotros, la **fuerza de la tendencia fuerte y pesada** inherente al sistema de pensamiento teológico-religioso es tan influyente, que lleva a pensar que **el decisor principal** de la acción humana y del futuro nuestro es Dios y nunca nosotros mismos, que nos reconocemos apenas como actores secundarios a merced de fuerzas superiores que deciden nuestro destino. De ahí el papel tan importante que cobra la oración a Dios, para pedir que intervenga en nuestro favor y conduzca nuestros actos u oriente nuestra conducta **hacia donde Él quiere**.

Lo que la modernidad laica se propuso en profundidad, en sus comienzos, a partir de la **tendencia emergente moderna del tipo racionalista ilustrado**, fue producir un sujeto autónomo, lleno de confianza en sí mismo y en su capacidad para construir el futuro. Pienso que este fue el **núcleo fuerte y duro** del humanismo moderno. Un sujeto capaz de confiar de una buena vez en la capacidad humana de hacer cosas y de construir, con absoluta autonomía intramundana, el mundo futuro que “se quiere” vivir, en absoluta “mayoría de edad” responsable y como si Dios estuviera demasiado ocupado en sus asuntos como para volverlo fanático de un equipo de fútbol o ponerlo a preocuparse por cosas tan cotidianas como mi decisión de comprar una casa, instalar un negocio o emprender un viaje de fin de semana. O, para ocuparse de convencer a las Farc de liberar a los secuestrados en su poder. Esto quiere decir que, entre nosotros, la poca modernidad mental alcanzada no logró modificar sustancialmente **la estructura o tendencia pesada y fuerte** inherente al modo como el sistema de pensamiento teológico-religioso piensa el origen de los actos humanos y la “programación” del futuro, que muy por el contrario la modernidad se representa como posibilidad estrictamente humana y sólo humana de modificar el mundo alrededor. El decisor de nuestra vida y de nuestro futuro, con mayor razón, entonces, dentro de la **estructura fuerte dominante entre nosotros**, no es el **Yo autónomo** que el mundo moderno construyó, sino siempre un Dios o, incluso, para ir aún más atrás en la historia de las mentalidades, una especie de fuerza supra-subjetiva incontrolable, es decir una **razón objetiva** a la que, sin embargo, de todos modos tratamos de poner de nuestro lado.

El “arte” de la adivinación del futuro tan común entre nosotros, para saber qué es lo que va a suceder con nuestra vida y destino, mediante prácticas tan usuales como la lectura de las cartas de la baraja, el humo o la ceniza del tabaco, las líneas de las manos o la consulta con el horóscopo o la bruja o el brujo de turno, proviene de esta **estructura o tendencia pesada y fuerte**, en cuanto supone siempre que ese futuro **ya pre-existe**, que ya está escrito en alguna parte y que influirá sobre nuestra vida de modo inexorable, salvo que Dios nos ayude a controlar el asunto, a comportarnos en un sentido o en otro o que acudamos a manipular las fuerzas del más allá, en este caso mediante la magia o la hechicería en coexistencia amable con la oración y la rezandería. Todo lo cual sitúa las cosas incluso en un sistema de pensamiento más arcaico, pre-teológico o simplemente híbrido, asunto absolutamente común entre

tantas personas que nos rodean.

Miradas de este modo las cosas, la versión a la colombiana del libre albedrío cristiano deja muy poco espacio a la idea de que el futuro es susceptible de construcción humana autónoma, dentro de los límites que imponen las variables suprasubjetivas. Esta manera nuestra de representarnos el futuro, hija de la **estructura y tendencia pesada inherente al sistema de pensamiento teológico religioso dominante, en hibridaje fuerte con el sistema de pensamiento animista-mítico-mágico-hechicero** propio de las culturas aborígenes y afrodescendientes, hace que el futuro sea mucho más un espacio para el despliegue de la voluntad sobrenatural que un campo para la acción humana en libertad y autonomía, y se levanta como una especie de “obstáculo epistemológico” muy fuerte en la cultura, si lo que se pretende es ganar a las mayorías de nuestra población para un verdadero compromiso con la empresa de construir el futuro mediante una decidida acción humana auténticamente secularizada.

Por contraste con el la **estructura o tendencia fuerte** de pensamiento teológico religioso, no suficientemente secularizado entre nosotros, el sistema de pensamiento lógico-racional pretende eliminar la casualidad y el azar del mundo real, para instaurar el orden por medio de la Razón Subjetiva soberana, en este caso ya no sobrenatural sino humana. Un orden impuesto al mundo por la **racionalidad subjetiva** de fines humanos y cálculo racional de medios eficaces. Ambas Razones, la Objetiva y la Subjetiva, pueden coexistir en una misma mente híbrida, por supuesto. Lo que hace la modernidad, de alguna manera, es instaurar como **dominante** la Razón Subjetiva para la acción intramundana de los negocios y del cálculo, incluidas la ciencia y la técnica, sin eliminar del todo la Razón Objetiva impuesta desde un supuesto **afuera del mundo**, creencia que deja intacta para preservar y al mismo tiempo seguir “explicando” en términos “lógicos” la **presencia actuante** de un supuesto “más allá”. Más allá que instaure y convierte en “verdad” el deseo inconsciente de no desaparecer del todo con la muerte, unido todo esto al terror de que pudiera llegar a ocurrir. Se descentra de este modo la Razón Objetiva de los griegos y de las teologías, como logos extrahumano que bajo este supuesto otorga sentido suficiente al Cosmos, para instaurar en el mundo del “más acá” la Razón Subjetiva de lo material humano, como centro decisor de la acción. Esta **Razón Subjetiva** de medios y de fines humanos es el piso que hace posible el capitalismo moderno, que en seguida lo instaure como dominante en el mundo material de la economía, que lo sostiene y oxigena incluso en sus periódicas crisis. Como también es el fundamento de la ciencia y la técnica modernas y contemporáneas, atrapadas en la racionalidad instrumental económica que le exige aplicaciones, herramientas de intervención, modelos, innovación ansiosa.

Todo ocurre, en consecuencia, como si los seres humanos debiéramos con ansiedad negar la **incerteza del futuro**, la incertidumbre, el “horror vacui”, para instalarnos en nuestras propias cosmovisiones y construcciones ordenadoras, mediante un agudo proceso de **semantización** del mundo, como si se tratara de realidades objetivas existentes por fuera de nuestra imaginación. El sentido del mundo no existe por sí mismo, lo sabemos ya, no es una realidad o dato objetivo. Hay leyes naturales como las físicas, las biológicas, las genéticas, en fin, que trazan cauces “previsibles” a la materia en movimiento, pero ellas no son lo mismo que el **sentido**. El sentido es sólo una proyección psíquica, antropológica, que los seres humanos hacemos al mundo real y externo, gracias al **deseo** de que tal sentido exista y al horror que al mismo tiempo deriva de su ausencia y privación. El sentido no existe en el mundo como un dato objetivo por sí mismo, sino que es un atributo psíquico y lingüístico que la especie humana impone al mundo a través del lenguaje y la semantización que de la realidad exterior al sujeto éste impone. De ahí que los imaginarios, de raíz inconsciente, cumplan un papel tan importante, básico y constructivo-reproductivo en la cultura.

2.7 Conformación de nuestra identidad cultural por hibridaje y traslape mental de diferentes sistemas de pensamiento en absoluta coexistencia.

Nuestra cultura e identidad mental proviene, básicamente, de cuatro fuentes, a saber:

La primera de ellas es la aborígen indígena, tributaria en su origen del sistema **o estructura y tendencia dura** de pensamiento animista-mágico-mítico-hechicero, pero que posteriormente fue cristianizada en lo dominante y entró en la hibridación y el traslape. Quedan por ahí todavía algunas comunidades en estado “casi puro”, influidas sin embargo de todos modos por la catequización y el impacto simultáneo de la escuela modernizadora. La segunda fuente cultural identitaria es la africana, instalada en lo fundamental en el mismo sistema de pensamiento ancestral anteriormente mencionado para lo aborígen. La tercera fuente cultural es la española, situada en el sistema de pensamiento teológico-religioso, con el “agravante” de que en lugar de abrirse en su momento histórico a las influencias “refrescantes” de la modernidad europea de tipo racionalista, optó más bien por oponerse con fiereza a dicha modernidad, haciendo “antimodernismo”. El período colonial, posterior a lo que se conoce como la conquista, consistió básicamente en someter **la estructura y la tendencia fuerte y pesada** propia del sistema de pensamiento

ancestral del tipo animista-mágico-mítico-hechicero, mediante el poder y la fuerza, a los rigores de otra **estructura y tendencia igualmente pesada** y fuerte proveniente de la Europa cristiana, mediante las aplastantes y decididas prácticas evangelizadoras de cristianización a la brava. El resultado fue un híbrido popular, un traslape mental entre **dos estructuras y tendencias pesadas relativamente complementarias a pesar de sus diferencias**, que derivó en la coexistencia y complementariedad de estos dos sistemas de pensamiento, capaces de llevar a cabo los correspondientes ajustes internos en sus términos básicos, sin que al final ninguna de las dos estructuras o tendencias pesadas lograra eliminar el núcleo duro de la otra. Los indígenas y esclavos africanos incorporaron a su modo el Dios cristiano, sin eliminar las creencias animistas e incluso hechiceras e idolátricas. Al fin y al cabo, ambas se referían en lo fundamental al más allá y las fuerzas que lo habitan, por igual, tanto como a la influencia de ese más allá sobre el destino de los seres humanos. Muchos blancos y mestizos, a su vez, terminaron sin rubor en la idolatría de las imágenes de yeso, en las prácticas de hechicería y afines, desde el estrato uno al estrato seis de nuestra sociedad. Los augurios y las premoniciones hacen parte de la vida mental diaria y no es extraño encontrar detrás de las puertas de las casas y los negocios plantas de sábila y herraduras u otro tipo de objetos protectores de origen totémico, en amable diálogo con las imágenes de alguna de las tantas vírgenes y, por supuesto, del Corazón de Jesús, obligadas a cumplir análoga función.

A todo lo anterior se vino a sumar, durante los tiempos de la Independencia y posteriores a él, la influencia del pensamiento racionalista ilustrado que, cuando hizo presencia intelectual y política en América hacia finales del Siglo XVIII y comienzos del XIX, ya se mostraba como una **estructura mental fuerte y madura**. Se conformó entonces en Colombia, históricamente, un pequeño núcleo liberal republicano de pensamiento, nuestros “libertadores y precursores”, que a pesar de su debilidad como minoría puso a andar una **tendencia emergente del tipo racionalista ilustrado**, que muy pronto entró en conflicto con la Iglesia y con las élites conservadoras en su intento modernizador en general, pero en particular en su proyecto de influir sobre la educación, a través de la enseñanza pública no confesional. Parte importante de la disputa política y cultural del país de entonces, se centró en el control de la denominada “superestructura” de la sociedad, de la cual formaba parte privilegiada el aparato escolar. De este modo, la educación pública, laica, hizo parte central de los programas liberales, que pretendían despojar a la Iglesia católica del control sobre el aparato educativo, a través del cual el “libre pensamiento” pretendía impartir a la juventud una educación en contacto con el conocimiento racional y la ciencia de entonces, eco entre nosotros del proyecto francés de la Ilustración. La **tendencia emergente racionalista liberal** intentaba de este modo transformarse históricamente en **tendencia consolidada, fuerte y dura**. Resultado de la anterior puja fueron, en parte sustantiva, los conflictos políticos y sociales interpartidistas, mientras por las hendijas de la base popular de la sociedad, básicamente instalada en las **estructuras y tendencias duras cristiano-católicas pero a la vez animistas, míticas, mágicas-hechiceras**, se filtraban sólo parcialmente y **resignificadas** las formas y estilos racionales de vida, metódicos, derivados de la escuela, al tiempo que se iba imponiendo la modernización material de tipo capitalista, no necesariamente ligada a la modernidad mental laica y secularizada, sin eliminar en lo fundamental los otros tipos de pensamiento más ancestrales, haciendo aún más complejo el traslape mental por coexistencia simultánea de todos ellos. Los muchachos en las escuelas estudiaban ciencias naturales tales como la biología, la química o la física, “**sin romperse ni mancharse**”, dejando intactos los sistemas de pensamiento inherentes a la **estructura y tendencia fuerte** teológico-religiosa, en franco traslape con lo mítico-mágico-animista-hechicero, propio de las tradiciones culturales hogareñas. Los mismos profesores, maestras y maestros eran todo esto reunido en sus mentes. Se izaba la bandera republicana en ceremonias de patio, se practicaban experimentos en los laboratorios y al mismo tiempo se encomendaban a Dios y a los espíritus para garantizar el futuro moral y el destino amable de la vida. Esto es lo que permite entender que la mente de una misma persona próxima a nosotros, o nosotros mismos, cuando un pariente cercano se enferma, decida acudir a un riego, al mismo tiempo a la oración y a la promesa de ir de rodillas al Milagroso de Buga en busca de ayuda, pero también a la consulta científica del médico especialista.

La presencia del capitalismo y de la modernización urbana, que no exactamente de la modernidad mental, contribuyó a la racionalización práctica de la vida personal y doméstica. Estas lógicas económicas terminaron incorporándose a la acción humana cotidiana, mediante la generalización social de la racionalidad subjetiva de fines y de medios, basada en el cálculo racional de eficacia de dichos medios en cuanto a su capacidad de garantizar el logro de los fines propuestos. Pero este proceso de incorporación a lo cotidiano y doméstico de la racionalidad de fines y de medios humanos para la acción, como **tendencia emergente entre nosotros, no fue capaz** tampoco de eliminar del todo la presencia, a mi modo de ver todavía dominante, del **núcleo duro** del pensamiento teológico-religioso y hasta animista hechicero, en lo relacionado con la visión general de **mundo futuro**, destino supuestamente ya trazado para los seres humanos desde los centros de decisión del más allá e influencia “evidente del todopoderoso” en el acontecer cotidiano intramundano.

Esta coexistencia por traslape de sistemas de pensamiento ocurrió en Colombia y por supuesto en nuestra región Vallecana. Es lo que domina en las mentes de nuestras gentes por regla general y el **núcleo duro** de este híbrido es el teológico-religioso no suficientemente secularizado, alrededor del cual, en cuanto núcleo dominante, se articulan y resignifican los principales registros de los otros sistemas de pensamiento con sus correspondientes verdades, sin entrar en conflicto entre ellas sino por el contrario coexistiendo en una especie de amable y llevadera “esquizofrenia” colectiva, según pudiera ser la mirada de algún racionalista puro.

2.8 De la influencia de las migraciones en el reforzamiento de la tendencia pesada premoderna en Santiago de Cali.

La Plaza de Caycedo de Santiago de Cali, a finales del Siglo XIX, tal como lo relatan los historiadores pero según lo dejan ver también las imágenes fotográficas de época, además de centro social y político administrativo era claramente una plaza de mercado. Hacia los años cuarenta y cincuenta del Siglo XX y como consecuencia de la modernización material urbana de tipo arquitectónico y de estilos de vida y modos de uso de los espacios republicanos de la nueva ciudad, la misma Plaza de Caycedo había ya dejado de ser una plaza de mercado para pasar a convertirse en una plaza Republicana, no sólo por su arquitectura sino, ante todo, por su uso social en medio de rituales y códigos “civilizados”, según modas y estilos de vida de países centrales. Por este espacio público desfilaba la moda y los habitantes de la vieja aldea lentamente pasaron a convertirse en **transeúntes** que iban allí a “ver a los demás y a ser vistos”. Sin embargo, a finales del Siglo XX y primeros años del XXI, la Plaza de Caycedo ha vuelto a convertirse en una auténtica plaza de mercado, con la presencia variopinta de alimentos y mercaderías contemporáneas. Ha ocurrido una especie de **regresión en la tendencia emergente modernizadora**, en razón de las sostenidas y muy fuertes oleadas migratorias desde áreas geográficas y culturales pre-modernas. Casi lo único que no se puede encontrar en este lugar lleno de recuerdos y nostalgias de infancia es un toldo de carnicería. He comprado allí limones, cebolla, frutales de todo orden, yuca y otras raíces, todo esto transportado en carretas de mano que huyen por delante de la policía, que se carcajea ella misma de su propia impotencia en medio de la carcajada general.

La ciudad, pues, se ha **ruralizado** como consecuencia de los agudos procesos migratorios y de los desplazamientos forzados producto de las sucesivas violencias a partir de los años cincuenta, **causando una especie de regresión en la tendencia emergente modernizadora tanto arquitectónica como cultural**. Los angustiados migrantes y desplazados provienen principalmente de las cordilleras cercanas, así como de áreas como la costa pacífica del Valle del Cauca, del Cauca y de Nariño. Todos ellos instalados de manera dominante en la **estructura o tendencia pesada mítica, animista, mágica-hechicera, traslapada en una mente cristianizada**. También, por supuesto, los emigrantes provienen de zonas de cordillera de otros departamentos. Muchos se asientan en Santiago de Cali definitivamente, con toda su miseria y su humana necesidad, aunque otros utilizan la ciudad como estación temporal en su ruta hacia Bogotá u otras ciudades. En razón de su acorralamiento y absoluta urgencia de subsistencia, desarraigados de sus entrañables lugares de origen y apegos afectivos, muchos se han instalado y apoderado de los espacios públicos próximos a la Plaza de Caycedo y calles aledañas, antes revestidos de un inmenso poder simbólico, así como de avenidas y lugares de obligada concurrencia, espacios donde el tráfico humano de posibles compradores de cualquier cosa suele ser intenso.

La **idea de espacio público**, perteneciente en Europa a la **estructura y tendencia pesada de la modernidad**, simplemente no existe en la mente de estos desplazados, que son desde hace décadas los colonizadores progresivos de la ciudad. En efecto, la idea de espacio público es el resultado de una progresiva educación ciudadana encaminada a la interiorización y correspondiente uso de los **códigos urbanos**. Bajo la condición de que la sostenibilidad histórica de estos códigos de uso e interiorización de los mismos por parte de los “consumidores y usuarios” de la ciudad a lo largo de las décadas, se garantiza siempre y cuando la ciudad no sea repoblada permanentemente y casi a diario de manera **tendencial regresiva**, por personas que en cierto modo empiezan de cero y, lo que es más preocupante aún, en conflicto y resentimiento con todo lo que los espera, los envilece, los margina y los arroja a tener que sobrevivir en condiciones de hostilidad y criminalidad. De este modo, la irrupción colonizadora de los migrantes y desplazados a chorros, “arruina” de alguna manera la lenta, frágil e incipiente construcción de estos códigos urbanos, que por supuesto se imponen a la brava como derivaciones de la política pública y la conveniencia ciudadana. La ciudad, entonces, en su centro visible pero también en su periferia y otros “centros” producto del descentramiento contemporáneo respecto de la plaza principal, resulta “ruralizada” no sólo en términos del “paisaje” callejero, sino ante todo en términos de **mentalidades**. Las lógicas de la acción social urbana resultan por lo tanto

forzadas a ser otras. La mente de estas pobres víctimas de la miseria y el despojo, es una mente en la cual no ha ocurrido todavía y quizás no ocurra jamás el denominado **desencantamiento laico de las imágenes del mundo, propio de la tendencia pesada europea de la modernidad**. Esto significa que el tipo de pensamiento dominante en nuestra cultura de Santiago de Cali, a modo de “confusa” identidad, es el que resulta de un agudo y “forzado” proceso de traslape entre lo mítico-animista-mágico-hechicero y lo teológico-religioso en sus versiones más primarias, en medio de la desesperanza que convoca a gritos el mesianismo y la utopía a modo de compensación y consuelo. A todo lo cual se suma el resentimiento social, el déficit agudo de interiorización de normas, las severas sensaciones de exclusión, el mal ejemplo público, la picardía como estrategia de supervivencia y la desconfianza generalizada.

2.9 Dudas razonables, preguntas impertinentes a propósito del denominado “desarrollo humano”.

El loable propósito de “construir futuro”, mediante la metodología consistente en construir escenarios ideales que se consideran logrables, se encuentra estrechamente ligado a la “cuestionada” idea de progreso. Desde la acción pública e incluso privada, los seres humanos no construimos imágenes de futuro para “ir hacia atrás”, sino para “marchar con euforia hacia el progreso”. No es claro ahora que los seres humanos nos estemos dirigiendo hacia el progreso moral, sino apenas modestamente sólo “rumbo al progreso material”. O, en el mejor de los casos, hacia ambas dimensiones cuyo vínculo interno no está suficientemente claro. Los indicadores del “progreso material” pueden ser identificados con relativa claridad, ya existen y hacia ellos se puede avanzar razonablemente mediante planes estratégicos de diferente orden. Tanto por cuenta del sector privado como del sector público. Y, por supuesto, por cuenta también de las Organizaciones no Gubernamentales de desarrollo social. En cambio, los indicadores del supuesto “progreso o desarrollo moral” de la humanidad o de las sociedades, no son tan claros y en todos los casos resultan relativos a las diferentes expresiones culturales, motivo por el cual podrían identificarse sólo si se tienen en cuenta las características de cada cultura, de cada tradición. Pero no es fácil alcanzar consenso al respecto y este punto queda aquí apenas planteado, a pesar de su extrema importancia, por cuanto ninguna acción pública podría darse el lujo de decidir “avanzar” sólo hacia el “progreso material”, dejando el denominado “progreso moral” abandonado a su suerte.

Por otra parte, el propósito de “construir futuro” se puede llevar a cabo de manera voluntarista, diseñando planes derivados de la voluntad y el “buen” juicio de quienes se lo proponen, **sin tomarse el trabajo de averiguar tendencias favorables o contrarias, contextos de dificultad y obstáculos**. En tales casos, los loables esfuerzos tropiezan con dificultades que nunca se previeron y la idealidad de los protagonistas líderes resulta confrontada inútilmente y hasta fracasada. Pero, cuando los actores del proceso de construcción de futuro se toman el trabajo de indagar previamente tendencias pesadas o fuertes, como es nuestro caso, así como tendencias emergentes o aspectos de coyuntura, la “construcción de futuro” se torna claramente racional en el sentido de que podría ser posible **elegir medios** altamente idóneos para alcanzar los fines de **desarrollo o de progreso material o moral** que en el plan de acción se consideran privilegiados.

No obstante, ya sea que el plan de acción sea improvisado y voluntarista, o que por el contrario obedezca a previas y racionales indagaciones de tendencias favorables o desfavorables o puntos de resistencia, en cualquier caso surge la pregunta molesta, relativa a la **legitimidad del fin, implícito o explícito**, que pueda haberse considerado en el plan como punto de llegada futuro de la acción. Si ese fin o punto de llegada es el resultado de una construcción social debidamente coordinada, corriendo el grave riesgo del populismo o de severas concesiones a la medianía, podría ser “legítimo” y aceptado en términos sociales de modo general. Esto es relativamente sencillo cuando se trata de “progreso o desarrollo material” de los pueblos o de las comunidades humanas. Pero cuando se trata del denominado “progreso moral”, las cosas se complican. En efecto, el progreso material ha alcanzado un referente de indicadores “estándar” en términos universales, relacionados con el capitalismo y el bienestar material asociado a este específico modo histórico de producción y de organización social del trabajo y la cultura. Pero con el denominado “progreso moral” de la humanidad, el “estándar” universal de los indicadores parece imposible.

Entiendo la construcción de “escenarios” futuros posibles y “futuribles” como un medio imprescindible y razonable, previo a la puesta en marcha de la acción racional de los actores. Pero los **fines** para los cuales esos medios sirven, casi siempre se encuentran implícitos en términos de futuros ideales de “desarrollo” o de “progreso” material o moral que no todas las comunidades culturalmente plurales comparten.

En no pocas ocasiones, a lo largo de la historia, los **fines** del desarrollo o del progreso que se propusieron dirigentes

importantes de ciertas naciones o ciudades, fueron fines cuyo logro condujo al aplastamiento y vulneración de tradiciones y creencias que, en cuanto tendencias fuertes y pesadas, se convirtieron en obstáculos para la acción. Entonces, estos focos de resistencia fueron arrasados por el poder que impuso un determinado punto de vista que en su momento se consideró “superior”. En el caso de Santiago de Cali, las creencias y tradiciones propias del sistema de pensamiento teológico-religioso del tipo más primario y conservador, en traslape y coexistencia con componentes vivos y vigentes del sistema de pensamiento animista-mágico-mítico-hechicero, en cuanto componentes culturales inherentes a la **estructura o tendencia pesada pre-moderna**, con seguridad habrían de actuar como núcleos de resistencia delante de cualquier intento modernizador de “desarrollo” o de “progreso” material o moral, tanto más en el caso de un proyecto de secularización a fondo de la mente y la cultura. Esta resistencia no se produce casi nunca “de frente” y abierta, sino con frecuencia de manera larvada y sinuosa y compromete, de manera desigual, por supuesto, todos los estratos sociales de nuestra ciudad..

Ahora bien, a modo de ejemplo, podríamos decir que todos aceptamos hoy en día como indicadores de “progreso moral”, valores tales como libertad, dignidad, respeto, igualdad, solidaridad. El anterior es el ideario de valores instaurado en Occidente moderno desde los tiempos de la Revolución francesa. No olvidemos, en consecuencia, que los denominados “derechos universales del hombre y del ciudadano” no son realmente universales sino estrictamente occidentales y modernos, como una derivación y construcción histórica **fuerte** de la filosofía, el derecho y las revoluciones políticas modernas. Cualquier intento encaminado a lograr futuros “mejores” en términos de derechos humanos, que debería entenderse como un claro propósito de “progreso y desarrollo humano moral”, implicaría suponer que la propuesta de derechos humanos que el occidente moderno le hizo al mundo en su conjunto, es una propuesta cultural de tipo “superior”, frente a las otras maneras culturales de “representarse al otro” que existen en el planeta en cualquiera de los escenarios imaginables, privados o públicos, ya se trate de hombres o de mujeres.

Sin embargo, no es fácil pero, sobre todo legítimo, **imponer** a culturas machistas afrodescendientes o aborígenes, “representaciones” de lo femenino o del “otro diferente”, al interior de sus propias comunidades, en términos estrictos de “respeto y dignidad” de tipo occidental. Todo lo cual se torna complejo y hasta trágico, en países multiculturales como el nuestro y en ciudades como Santiago de Cali, que ha operado como receptáculo y polo de atracción de los fuertes y obligados procesos migratorios del occidente colombiano, provenientes de áreas culturales como la costa pacífica vallecaucana, caucana y nariñense, así como de la serranía campesina, caracterizadas por **núcleos, estructuras y tendencias pesadas** de cultura pre-moderna, donde domina el sistema de pensamiento teológico-religioso, traslapado e hibridado, tal como ya ha quedado explicado suficientemente, con el sistema de pensamiento mítico-mágico-animista-hechicero, en coexistencia con algunos componentes escolares mínimos lógico-rationales adquiridos en el sistema educativo.

Pero, si desde los centros de decisión política municipal, se estima que hay que imponer a fondo a estos desplazados formas modernas de pensamiento, o apenas un barnizado de normas de comportamiento ciudadano, pues entonces hay que hacerlo conscientemente como “imposición” y bajo el supuesto de que se trata de valores “superiores” que deben instalarse en todos por igual, cualquiera que sea su origen cultural.

Los escenarios futuros no son sólo “futuros”, sino también escenarios “deseables” fuertemente cargados de **valoración** previa, implícita o explícitamente, como mejores o buenos. Se trata en lo fundamental de escenarios que se perciben como de “progreso” y/o de “desarrollo” humano material y/o moral. Escenarios para “vivir mejor” en términos materiales o para **ser mejores** en términos morales. Este juicio de valor resulta inevitable. Pero, si se trata de “avanzar” hacia mejores puertos ¿desde qué horizonte se define la valoración material o moral del escenario futuro que se desea y quiénes en la sociedad y a partir de qué criterios y valores y mediante qué metodologías, deben llevar a cabo las actividades derivadas de esta decisión, previo el estudio e identificación de las tendencias fuertes o emergentes?

¿Se trata, **tan sólo**, de la “modernización” del aparato productivo, en términos de la propuesta capitalista contemporánea, así como las condiciones de vida material entendidas como acceso al confort, salubridad, servicios públicos, comunicaciones, movilidad y transporte, esparcimiento y deporte, acceso al consumo básico, etc., o se trata, además, de “modernizar” la cultura del lugar, llevando a la mayoría de los habitantes hacia un modelo de pensamiento lógico-razional del tipo científico tecnológico, respetuoso del “otro” en sus derechos y no solamente en el violento reclamo de los propios, a través de procesos educativos sostenibles de larga o al menos de mediana duración?. Si esto es así, habría que decirlo claramente, con la debida transparencia, para saber a qué ideal de “desarrollo” y de “progreso” es que se pone al servicio la metodología prospectiva, como instrumento de medio y de

método para el logro de tan loables fines sociales y comunitarios.

3. Conclusiones.

En medio del anterior contexto cultural de tan elevada complejidad por la presencia simultánea y en traslape de diversas **tendencias y estructuras pesadas, regresiones de tendencias y tejido cultural hecho de resistencias y re-significaciones**, resulta un reto apasionante tratar de “construir futuro”. Es algo que todos los días debería intentarse, pero con la plena conciencia del piso extremadamente complejo que tenemos bajo los pies y sin ningún tipo de idealización voluntarista. Urge y es preciso un liderazgo político y social, por supuesto, pero cualquier liderazgo voluntarista a corto plazo, inocente y de sólo buenas intenciones fracasaría delante de los fuertes obstáculos mentales que derivan de los sistemas de pensamiento, **derivados de estructuras y tendencias fuertes y pesadas**, según los cuales los sujetos no confían suficientemente en la capacidad autónoma de la acción humana, por cuanto son tributarios aún de la **idea de futuro trazado de antemano por poderes extra-humanos**, motivo por el cual el futuro personal y social queda delegado y depositado en poder de fuerzas extra-mundanas. A todo lo cual se suma la profunda desconfianza ética en lo estatal, la representación mental según la cual lo público estatal es una especie de “vaca lechera” benefactora a la que hay que “ordeñar” y desocupar de contenido sin dar nada a cambio. Es necesario recuperar la confianza en lo público estatal, modificar a fondo la representación mental que tenemos de lo público estatal como padre benefactor del que hay que aprovecharse, idea que no es más que una derivación laica del sistema paternalista donde el Gran Dios siempre reparte beneficios. Igualmente hay que avanzar, ante todo, en la dirección encaminada a lograr la secularización de la acción humana, en el sentido de la plena confianza en la autonomía moral del sujeto, por fuera de los poderes extramundanos.

No estoy hablando de cualquier tipo de motivación para la acción colectiva, pues las mingas indígenas, las rogativas y las solidaridades ancestrales pueden mover cordilleras. No estoy hablando de mesianismos ni de utopías sin fundamento racional. De lo que estoy hablando es de generar sujetos capaces de **representarse mentalmente el futuro en términos racionales de cálculo y de confianza en los poderes humanos para construir el mundo deseado, dentro de las limitaciones que imponen las variables culturales de resistencia o las precariedades de presupuesto y otras barreras materiales**, porque de lo que se trata es de construir programas no delirantes respecto del porvenir, así como de organizar la acción ciudadana y convocarla a **representarse** el mundo y la acción en los mismos términos racionales de medios y de fines.

Si esto debiera ser así, tendría que traducirse en compromiso **sostenible durante décadas para cubrir al menos una generación entera**, manteniendo estables y fijas algunas variables como la voluntad política privada y pública, la educación, tanto como los procesos migratorios de re-colonización rural de la ciudad, lo cual resulta casi un imposible mientras las tendencias migratorias se mantengan como están y las élites sigan sumidas en el sistema de pensamiento dominante del tipo teológico-religioso en sus versiones más primarias y conservadoras, según las cuales **la divina providencia proveerá**. Y todo esto, en medio de un contexto cultural en el que se cree que “cada hijo que nace trae un pan debajo del brazo. Y, así, muy poco o casi nada se puede.

Ya hemos dicho que las oleadas migratorias a Santiago de Cali y al Valle del Cauca son básicamente, aunque no de manera única, derivaciones de las diferentes violencias. Paramilitarismo, narcotráfico y guerrilla en conflicto por el control territorial. Mientras todo esto se mantenga como escenario de fondo de los desplazamientos, Santiago de Cali no podrá planear nada realista a futuro sin tener en cuenta estas variables.

4. Propuestas estratégicas.

1- Es preciso definir, claramente, si de lo que se trata es de alcanzar un futuro deseable para la ciudad en términos materiales, en cuanto “progreso y desarrollo” material, de conformidad con los indicadores de tal progreso material, o si por el contrario se trata de proponerse, **además y de manera decisiva**, el denominado “progreso o desarrollo moral” de la ciudad en términos de valores **modernos o premodernos**, en cuyo caso habría que definir claramente en qué consiste el tal “progreso o desarrollo moral” y cuáles serían los indicadores del mismo y las variables principales a intervenir, en consecuencia. En síntesis, la primera propuesta estratégica es de tipo reflexivo: definir qué se entiende por desarrollo humano no necesariamente material sino moral, y cuáles serían sus indicadores.

2- Respecto de los indicadores del progreso material existe relativo acuerdo, porque el modelo capitalista dominante de lo que se entiende por “una buena vida” en esta tierra es ahora casi hegemónico. La mayoría de los países tratan

de imitar el modelo occidental de “buena vida” en términos materiales, y se supone que el modelo capitalista lo permitirá. Pero este es un supuesto que tiene mucho de verdad y al mismo tiempo mucho de mentira. Sin embargo, si este es el horizonte, la marginalidad social y la pobreza fiscal entendida como limitación de recursos financieros es un factor severo en contra, aunque no sea el único. También lo es la denominada “cultura de la pobreza”, que me atrevo a traducir como “cultura religiosa de la resignación y de la esperanza en la caridad pública y privada”; “cultura de la violencia”, concepto que no comparto, porque aunque la violencia siempre se revista de rituales y formas culturales de tipo simbólico, no obstante tiene una causación y unas lógicas sociales propias. Desde este punto de vista, la denominada “cultura de la violencia” es planetaria y no específicamente caleña o colombiana. Es la cultura que se expresa en el cine que producen para la demanda las grandes potencias, las series televisivas, los videojuegos y otras cosas más, cuyo secreto es el mercadeo de las imágenes “impactantes” los “efectos especiales”, los imaginarios y las realizaciones simbólicas de crueldad, que son objeto de una masiva demanda universal para satisfacer la pulsión psíquica agresiva de la humanidad. Y punto. Por supuesto que las **violencias reales** son de otro tipo, en las barriadas o en los hogares de todos los estratos, pero de todos modos son la puesta en marcha de la misma pulsión agresiva universal y no exactamente local. **El único remedio conocido es la educación INTEGRAL, Y NO SIMPLEMENTE LA EDUCACIÓN FUNCIONAL para el mercado laboral. Una educación sistemática y sostenida capaz de inhibir y reprimir, aunque nunca hacer desaparecer, la pulsión agresiva universal constitutiva de lo humano, siempre y cuando las condiciones sociales de buen nivel de vida permitan que se conserve en su lugar esta interiorización normativa anexa a la educación.** La violencia actual pero igualmente la pasada y la que nos espera, es un problema de la humanidad, en el sentido de que la humanidad no ha conocido otro recurso para mantener en cintura la pulsión agresiva que la educación, con alto componente normativo que debe ser absolutamente interiorizado. A todo lo cual se suma la denominada “cultura del desvío de los recursos públicos”, hacia el propio bolsillo o hacia programas populistas de efímero impacto real, que me atrevo a traducir como “simple y llana criminalidad”, generadora, sin embargo, de inmensos dividendos electorales. **En síntesis**, la propuesta estratégica no puede ser otra que la educación integral y no simplemente la alfabetización funcional. No es ningún descubrimiento. Pero esta educación integral, lo propongo, debe ser ante todo en los **valores modernos relativos a la dignidad humana, derechos humanos, libertad, igualdad, respeto por el otro, etc., y no simplemente una educación religiosa que, aunque es muy valiosa en términos morales, no obstante ha demostrado su absoluto fracaso o sus inmensas limitaciones, en este país del sagrado corazón que, sin embargo, todos los días asesina y hasta utiliza a la Virgen como apoyo de los Sicarios.** La educación de la que hablo es de otro tipo, y amerita una casi imposible revolución cultural, debido a la presencia de **estructuras y tendencias pesadas del tipo teológico religioso y ancestrales primarias del tipo pre-moderno, pero sobre todo una profunda revolución material capaz de modificar a fondo la pobreza, la miseria y la marginalidad.** Lo que deseo enfatizar es que todos los esfuerzos educativos en valores que se llevan a cabo desde las iglesias y desde las escuelas públicas y privadas son absolutamente loables y necesarios, pero dichos valores transmitidos caen en el vacío moral absoluto y son incapaces de inhibir nada o muy poco y de operar éticamente en el sujeto, cuando este sujeto intervenido por el aparato escolar permanece sumido en la marginalidad, en la miseria, en las dinámicas de la venganza y de las sangrías por la territorialidad más primaria de las actuales “tribus” urbanas. **Para que la educación en valores tenga la efectividad que se desea y se espera, es absolutamente imprescindible acompañarla de reales y eficaces dinámicas de mejoramiento de la vida material e inclusión social.** La educación en los valores no es acumulativa, hay que decirlo, pues cada que nace un niño hay que empezar de nuevo. Y todo depende, en el futuro, de las condiciones materiales de vida del sujeto que ha sido intervenido por la cultura para arrancarlo de la simple pertenencia a la naturaleza. Como puede advertirse, la sola estrategia cultural educativa cae en el vacío y resulta impotente, si no se acompaña de estrategias sociales y económicas agresivas capaces de modificar la “tierra” donde se siembra la semilla moral.

3- Uno puede proponerse un futuro mejor, como ideal, pero las fuerzas en contra son muchas y de muy difícil inhibición, porque se trata de fuerzas encarnadas en históricas deformaciones culturales al servicio de intereses de clientelas que se disputan el presupuesto. Y, en cuanto al sector privado, existe un grave déficit de propósitos comunes y cada quien parece interesarse sólo por la rentabilidad de sus inversiones y negocios. La denominada “responsabilidad social de las empresas” hasta ahora se ha entendido, sobre todo, como un simple asunto de manejo de impuestos. Y que lo demás lo haga Dios todopoderoso, lo digo en serio. En las élites sociales y económicas domina por supuesto el sistema de pensamiento teológico-religioso en su versión histórica más primaria y conservadora, que todo lo delega a la voluntad divina. Esto significa que si bien los negocios e inversiones se asumen por cuenta y responsabilidad propia, simultáneamente se impone una especie de profundo desentendimiento por el destino de la ciudad y la región, que sólo se perciben como espacios para el desarrollo de los negocios personales pero que, en todo lo demás, son encomendados a la voluntad sobrenatural. Dios proveerá, es la idea fuerte que opera

como gran telón de fondo. Esta especie de síntesis del desarrollo en conjunto del presente documento, desea destacar que, dentro de las estrategias culturales, absolutamente necesarias pero casi imposibles de cumplir, por el **peso de las tendencias y estructuras fuertes del tipo teológico religioso**, está también la de una transformación radical de la cultura de la élite económica y social. El ensimismamiento narcisista de la élite, que en tantas ocasiones sólo se asoma a contemplarse en su propio espejo, se levanta como un poderoso obstáculo, porque para este tipo de estrategias siempre es necesario contar con ella y con su inmensa capacidad y poder. Los valores morales de la modernidad, tales como libertad, igualdad, dignidad, respeto, inclusión, etc., son recitados sin problema como una especie de catecismo por todos conocido, pero son sólo retórica vacía. Estos valores modernos en su estirpe y origen cultural, en el traslape y la hibridación con la tendencia pesada y básica dominante teológico religiosa, resultaron absorbidos, domesticados y resignificados hasta despojarlos de su verdadero poder transformador en términos de modernidad social. Por este motivo han quedado convertidos en simples recitaciones retóricas inofensivas, prisioneras de dimensiones mentales y morales inherentes a la **tendencia pesada del tipo teológico religioso cristiano, que domina entre nosotros**, tales como la caridad, el perdón, la resignación, el destino, el inmenso valor que esta tendencia pesada le atribuye al sufrimiento como instrumento de salvación, etc. ¿Quién se atrevería a pretender remover estos obstáculos culturales de élite y de todo el tejido social en su conjunto, para llenar de contenido real los valores de la modernidad de los que hemos venido hablando? ¿Cómo pasar de la simple caridad con el “otro” al reconocimiento efectivo de sus derechos? ¿Qué tipo de educación integral y no simplemente funcional es preciso impartir por todo el tejido social, y durante cuántas décadas, para modificar estas estructuras y tendencias pesadas?

4- De este modo, uno puede opinar sobre **lo que hay que hacer**, en términos de futuros culturales deseables, mediante la modificación a fondo del carácter primario y demasiado conservador del sistema de pensamiento teológico-religioso dominante en todos los estratos sociales, pero es absolutamente difícil decir **cómo lograrlo**. Porque, para lograrlo, es preciso lo siguiente:

a. Congelar las tendencias migratorias. Entre nosotros, las migraciones no son deseadas sino impuestas. Hay países que provocan y estimulan migraciones de personal altamente calificado, capaces de contribuir al proyecto de construcción de una sociedad que se juzga mejor desde el punto de vista material y moral. Pero, entre nosotros, esto por ahora resulta casi un imposible, no sólo en lo relacionado con la **cantidad** de la migración, sino también en lo relacionado con su “**calidad**” en términos de calificación técnica, profesionalización, perfil cultural, secularización mental, grado de interiorización de valores modernos, autonomía moral, etc.

b. Intervenir sobre el sistema de pensamiento dominante en la región, del tipo teológico-religioso, para sacarlo de su estado primario ultra-conservador, e instalarlo en el terreno de la autonomía laica del sujeto que, aún conservando sus creencias básicas de dogma y de fe, no obstante esté en condiciones de minimizar la idea de que **nada en el mundo ocurre sin la voluntad de Dios y que por lo tanto las cosas suceden si Dios quiere**. Este propósito de modificación de esta estructura mental y tendencia pesada, camino de la modernidad **mental** del tipo occidental, es posible mediante la intervención del aparato educativo escolar, pero requiere, como acabamos de decirlo, de una absoluta voluntad política de lo público y privado, lo cual juzgo casi imposible. El proyecto liberal laico en Colombia fue derrotado y quizás no existan en este momento las condiciones para recuperarlo. La **modernización** de la infraestructura y la actualización instrumental y técnica se impuso absolutamente sobre el proyecto de **modernidad mental**, que quedó no sólo aplazado sino históricamente enterrado. Y lo poco o mucho que se logró en pasadas décadas de “república liberal”, y de proyectos urbanos republicanos, como **tendencia moderna emergente en proceso de consolidación**, entró en **regresión tendencial** en poder de los aterradores procesos de desplazamiento forzado y migraciones causados por las sucesivas violencias de los últimos sesenta años.

c. Moralizar las costumbres políticas y la cultura anexa a lo público estatal, para recuperar la confianza colectiva, no sólo de la base popular sino de las élites. Este propósito, que podríamos denominar de “recuperación de la confianza perdida”, requiere de un prolongado esfuerzo, sostenible durante décadas. El buen ejemplo público es aquí el secreto, ligado a las veedurías ciudadanas. Es preciso modificar a fondo la “representación” cultural de lo público en general y de lo público estatal en particular como “vaca lechera”. El camino para modificar las representaciones es la educación, ya se sabe suficientemente, pero nadie educa a nadie en medio del mal ejemplo porque suena a falsedad y crea desconfianza o refuerza la mucha que ya existe. **Es relativamente fácil decir lo que hay que hacer, insisto, pero es absolutamente difícil el diseño de cómo lograrlo**. Porque ese “cómo” requiere método para modificar los obstáculos, los focos de resistencia, pero sobre todo voluntad política de lo público y lo privado. Y no a corto plazo, sino en procesos históricos de larga duración, que comprometan más de una generación. **Cuando se habla de**

modernidad, cultura e identidad, es iluso plantearse en el horizonte de procesos de corta o mediana duración. Se trata de algo que, si se decide hacerlo, para que no sea la voluntad sobrenatural la que lo decida todo, es preciso modificar a fondo la mente de todos para poner sobre la mesa e impulsar de nuevo, como tendencia emergente legítima, la tendencia de la modernidad mental y de valores, en todos los estratos de la sociedad.

d. Debemos insistir, por lo tanto, en la modernidad mental en otra dimensión decisiva, diferente de la simple secularización del pensamiento en términos de confianza plena en la capacidad humana de decidir su futuro mediante la racionalidad de fines y de medios. Me refiero a los denominados horizontes culturales de referencia de la modernidad, desde el punto de vista de la interiorización fuerte de valores tales como libertad, dignidad, igualdad, solidaridad y respeto. También aquí la educación en todos los niveles de escolaridad es decisiva, como instrumento de intervención y de modificación de la estructura de valores, pero nada o muy poco podremos lograr si esa educación no se acompaña del buen ejemplo de las élites públicas y privadas. No se trata de la predicación retórica y vacía de los valores modernos antes mencionados, como ha quedado dicho, que nadie entre nosotros se atrevería a desconocer, sino de su puesta en práctica real bajo condiciones de convicción y de principios sólidos. El mal ejemplo de las élites, como punto de referencia de la acción colectiva en cuanto líderes, es el telón de fondo que torna supremamente difícil cualquier empeño al respecto, en el entendido de que entre nosotros estos valores modernos, hijos de las revoluciones liberales burguesas, fueron atrapados, domesticados y resignificados en el sistema de pensamiento teológico-religioso dominante, del tipo primario conservador, para inscribirlos en el orden de la misericordia, el paternalismo autoritario, la limosna, el sacrificio y la caridad. Por esta razón, cualquier reclamo popular hacia las élites es visto como el irrespeto de un desagradecido igualado frente a sus benefactores.

Ya he dicho que respecto del denominado progreso moral de la humanidad no existe acuerdo alguno, ni siquiera en el sentido de que pueda existir realmente progreso moral en sí mismo. Salvo que se entienda como progreso moral, la progresiva **interiorización** en el sujeto urbano que habita Santiago de Cali, de los valores modernos de igualdad humana, libertad, solidaridad, autonomía moral del sujeto, dignidad y respeto, en cuanto horizontes referenciales básicos de la cultura moderna occidental. Si de esto se trata, lo que veo en el horizonte es una barrera casi insuperable de tradiciones conservadoras y de intereses económicos inamovibles.

e. Ahora bien, si por cultura en Santiago de Cali se entiende la expresión corporal de la danza, la salsa musical, las cirugías estéticas que contribuyen a la estetización formal de la vida, la banalidad “light”, la levedad como “cheveridad” de la existencia, la pasarela y la farándula, que es como el diario El País en nuestra ciudad entiende la cultura, pues no es demasiado difícil hacer la prospectiva cultural para Santiago de Cali. Basta proponerse hacia el futuro convertir a Santiago de Cali en un bailadero absoluto, mucho más inmenso de lo que ya es, hacer una poderosa inversión pública, privada o mixta en un museo de la salsa, llevar a las escuelas la cultura según la cual es suficiente con sonreír por todo sin pensar en nada “profundo”. Todo depende de lo que entendamos por “progreso” moral de la ciudad, en términos de futuros deseables.

Gozarse la vida y ser feliz aunque no haya verdadero motivo no está nada mal. Nada tengo en contra de esta consigna hedonista de nuestro tiempo, que valoro en términos generales. Lo que no comparto es que gozarse la vida consista, precisamente, en sepultar las posibilidades del pensamiento crítico y letrado, en aplastar la herencia moderna hecha de **preocupaciones auténticas** respecto de valores como la igualdad, el respeto, la dignidad, la libertad, la solidaridad, pero no como valores simplemente retóricos y vacíos, sino como principios burgueses modernos y occidentales de profunda convicción política pública y privada. Nuestras élites recitan apenas entre labios y a regañadientes esta tradición cultural de valores, pero la niegan en la práctica real y la domestican al inscribirla en el sistema de pensamiento teológico-religioso del tipo primario conservador. El resultado híbrido de este traslape mental es la **igualdad moderna como valor encarnado, profundo y fuerte de la modernidad, ahora travestido y domesticado** en forma de caridad, misericordia, limosna, piedad, conmiseración. Y el resto de la suerte del mundo y de la sociedad resulta delegada a la voluntad de Dios, que bien sabe cómo hace sus cosas. Sobre este manto premoderno y arcaico, disfrazado de modernización material e instrumental, danza frenética la ciudad, convencida de que debe divertirse de la mañana a la noche como si no estuviera sucediendo nada alrededor. Entre tanto, la revista “Gentes” enseña a la ciudad los rostros “bonitos” y los gustos superficiales de la muchachada estetizada que se rehúsa a pensar o a preocuparse por algo trascendente en términos políticos y sociales, porque corre el riesgo de un severo dolor de cabeza.

Las autoridades municipales y las élites tienen la palabra. Este es mi modo actual de ver las cosas y de decirlas con sinceridad y transparencia. No es cómodo hablar de estos asuntos ni es amable ponerlas en evidencia, si es que acaso

me asiste la razón. Nunca he sido pesimista sino realista responsable. Es posible que se hayan tenido que utilizar metáforas y leves exageraciones para llamar la atención sobre lo fundamental, pero si hablamos de desarrollo cultural, modernidad e identidad para Santiago de Cali, las cosas son como son.

5. Bibliografía básica de referencia.

- Bachelard, Gastón. La formación del espíritu científico. Buenos Aires: Siglo XXI Editores. 1974.
- Bauman, Zygmunt. Vidas desperdiciadas: La modernidad y sus parias. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica. 2005.
- Bergman, Marshall. Todo lo sólido se desvanece en el aire: la Experiencia de la modernidad. Bogotá: Siglo XXI Editores. 1991.
- Blom, Phillipp. Encyclopédie: El triunfo de la razón en tiempos irracionales. Barcelona: Editorial Anagrama. 2007.
- De Aquino, Santo Tomás. Del Gobierno de los príncipes. Buenos Aires: Editorial Lozada S.A. 1964.
- Duby, Georges y Perrot Michelle. Historia de las Mujeres, El siglo XIX: Cuerpo, Trabajo y Modernidad. Madrid: Taurus Ediciones. 1993.
- Freud, Sigmund. Tótem y Tabú. Madrid: Alianza Editorial. 1970.
- García Canclini, Néstor. Culturas híbridas. México: Editorial Grijalbo. 1989.
- Habermas, Jürgen. Teoría de la acción comunicativa. Buenos Aires: Ediciones Taurus. 1989.
- Horkheimer, Max. Crítica de la razón instrumental. Barcelona: Editorial Trotta. 2004.
- Kuhn, Thomas. La estructura de las revoluciones científicas. México: Fondo de Cultura económica-breviarios. 1968.
- Laplantine, Francois. Mesianismo, posesión y utopía: Las tres voces de la imaginación colectiva. Barcelona: Editorial Gedisa. 1977.
- Lipovetsky, Gilles. El crepúsculo del deber: La ética indolora de los nuevos tiempos democráticos. Barcelona: Editorial Anagrama. 2000.
- Morin, Edgar. El hombre y la muerte. Barcelona: Editorial Kairós. 1994.
- Nisbet, Robert. Historia de la idea de progreso. Barcelona: Editorial Gedisa. 1981.
- San Agustín. La ciudad de Dios. México: Editorial Porrúa S.A. 1970.
- Sennett, Richard. El declive del hombre público. Barcelona: Ediciones Península. 1978.
- Steiner, George. En el castillo de Barbazul. Barcelona: Ediciones Guadarrama. 1976.
- Taylor, Charles. Las fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica S.A. 1996.
- Von Martin, Alfred. Sociología del renacimiento. México: Fondo de Cultura Económica. 1968.
- Weber, Max: La ética protestante y el espíritu del capitalismo. Madrid: Sarpe Editores. 1984.